

# ¿Cambiar qué mundo? Estado, poder, sujeto e ideología en el marxismo contemporáneo

**CAMILO MELO ROJAS**

Politólogo de la Universidad Nacional de Colombia

[camelor@unal.edu.co](mailto:camelor@unal.edu.co)

**Change which world? State, power, subject and  
ideology in contemporary Marxism**

## Resumen

La teoría marxista ha tenido como objetivo fundamental la superación de las relaciones económicas del capitalismo, la destrucción de las clases sociales y con ellas la del Estado capitalista; en pocas palabras, se ha pensado como fin último la transformación del mundo. Pero así como este mundo ha sufrido profundas transformaciones desde el siglo XIX, también lo ha hecho la teoría marxista. Las experiencias revolucionarias que tuvieron lugar a lo largo de los últimos tres siglos han impulsado a los teóricos del marxismo a ajustar sus interpretaciones al dinamismo de la sociedad capitalista actual.

Sin embargo, a lo largo de esta evolución teórica, categorías como Estado, poder, ideología y sujeto se han convertido en puntos centrales de discusión y en nodos articuladores de los referentes teóricos del marxismo para trazar el camino de la práctica revolucionaria. Veremos aquí cómo las interpretaciones contemporáneas de Althusser, Bensaïd y Holloway dialogan con Lenin para comprender el funcionamiento del Estado capitalista y el papel de la ideología como aparato/método reproductor de las relaciones materiales del capitalismo, al tiempo que discuten sobre las experiencias del zapatismo, a partir del análisis de las relaciones de poder al interior de sus planteamientos teóricos y la práctica revolucionaria.

*Palabras clave:* Estado, poder, subjetividad, ideología, sujeto, transformación, reproducción.

## Abstract

Marxist theory has always had as a fundamental target the superation of economic capitalist relations, the destruction of social classes and with them, of the capitalist state; in short, the transformation of the world. But this world, as well as the Marxist theory, has experienced profound transformations since the 19th century. The revolutionary experiences that took place throughout the last three centuries have impelled the Marxist theorists to adjust their interpretations to the dynamism of the current capitalist society.

However, throughout this theoretical evolution, concepts such as the State, Power, Ideology and the Subject have become central discussion points and articulations of Marxist theoretical referents in order to set the path of revolutionary praxis. We'll see how the contemporary interpretations of Althusser, Bensaïd and Holloway discuss with those of Lenin in order to understand the working order of the capitalist state and the role of ideology as a reproduction method/device of the capitalist material relations, as they discuss the experiences of the Zapatista movement using the analysis of power relations within their theoretical approach and revolutionary praxis.

What world must be changed? This is the basic question that must orient the revolutionary praxis.

*Keywords:* State, power, subjectivity, ideology, transformation, reproduction.

## Introducción

Desde sus orígenes, la ciencia del marxismo se ha planteado como objetivo fundamental la transformación de la realidad existente. Desde los planteamientos economicistas de Marx plasmados en *El capital* y que pretendieron abarcar las lógicas económicas del capitalismo existente, al tiempo que pudieran trazar el camino de la revolución proletaria en los países de más avanzado desarrollo industrial, como la Inglaterra del siglo XIX, hasta las relecturas contemporáneas del marxismo alrededor de los fundamentos étnicos y raciales, y las reivindicaciones de los pueblos indígenas recogidas en la propuesta revolucionaria del zapatismo, pasando por las relecturas del marxismo que se han convertido en líneas para la acción revolucionaria, como las propuestas de autores como Lenin y Mao, se ha planteado la urgente necesidad de transformar y alterar las lógicas del capitalismo en beneficio de las clases oprimidas, los obreros, los estudiantes, los campesinos, los indígenas, etc.

Pero hablar de la transformación de la realidad existente implica, ante todo, tener una comprensión acertada y profunda de lo que existe y lo que debe ser transformado. La pregunta acerca de qué mundo es el que debemos cambiar nos exige de inmediato ubicarnos en el terreno de la comprensión y el conocimiento del capitalismo, no solo como modo de producción, sino también de ser capaces de abordarlo en la complejidad de sus lógicas y de comprender también sus efectos y dinámicas políticas, sus influencias sobre la definición de lo cultural, lo comunitario, lo social y lo ideológico.

Entendiendo que el marxismo no se enfrenta a una realidad estática, sino que el mundo capitalista se encuentra en constante revisión y redefinición, en una constante ampliación de sus límites, los teóricos marxistas se han visto en la necesidad de entrar también en una constante evaluación y replanteamiento de la teoría y la acción revolucionaria en aras de poder dar respuestas satisfactorias que orienten la praxis marxista. Ante un mundo globalizado que redefina sus lógicas de explotación y desigualdad, debe haber también una teoría revolucionaria dinámica que aprehenda las nuevas realidades y sea capaz de orientar las pautas revolucionarias y la acción emancipadora de los pueblos del siglo XXI.

Sin embargo, la teoría marxista ha centrado su atención en nodos neurálgicos y de primerísima importancia en la tarea revolucionaria. Estos nodos se han convertido entonces en centro del debate y la discusión, tanto al interior de la teoría marxista como en interlocución con otro tipo de perspectivas, categorías como el Estado y la ideología.

Así también como la discusión sobre la subjetividad y las relaciones de poder, que en el capitalismo de hoy son conceptos que mantienen plena vigencia en la discusión marxista debido a la importancia primordial que representan en el camino a la transformación de las relaciones sociales de producción. En este sentido y resaltando la importancia de conocer dichas discusiones, este artículo pretende abarcar y presentar algunos de los argumentos que se han esgrimido dentro de ciertas corrientes del marxismo contemporáneo al respecto de estos aspectos. La ideología, el Estado, las relaciones de poder y la constitución del sujeto son categorías analíticas y prácticas que han generado un debate entre autores como son Louis Althusser, Daniel Bensaid y John Holloway, cuya importancia no es poca para los marxistas del siglo XXI y que se convierte en un asunto de primera necesidad ante la urgencia de entender el capitalismo de hoy y trazar nuevas estrategias revolucionarias para cambiar el mundo.

### **Estado, poder y revolución**

El análisis de las relaciones de poder y la institucionalidad del Estado se ha convertido en un punto clave desde que se planteó al Estado como la condensación de la lucha de clases y se presentó el poder estatal como el objetivo principal de la clase obrera. La toma del poder del Estado se convirtió así en el objetivo principal hacia el cual las luchas debían ser encaminadas, con el objeto de apropiarse del Estado y destruirlo: “El proletariado debe tomar el poder del Estado para destruir el aparato de Estado burgués existente y, en una primera fase, reemplazarlo por un aparato de Estado completamente diferente, proletario” (Althusser, 1978:29). La visión de Althusser descansa sobre la interpretación de la teoría marxista que hace uso de la figura de la infraestructura y la superestructura para explicar el mecanismo por medio del cual las relaciones de producción, presentes en la infraestructura, determinan el funcionamiento de la superestructura, la cual contiene los estamentos jurídico-políticos e ideológicos. Pero Althusser propone el concepto de la sobredeterminación para explicar la manera en que la superestructura adquiere un nivel de autonomía relativa y ejerce una determinación de segunda mano para garantizar la reproducción de las relaciones de producción propias del capitalismo: “Existe una ‘autonomía relativa’ de la superestructura con respecto a la base y hay una ‘acción de replica’ de la superestructura sobre la base” (ídem, 23).

Ahora bien, esta centralización del Estado como lugar privilegiado de las relaciones de poder y objetivo primario en el camino hacia

la revolución y el cambio del mundo es criticada fuertemente por Holloway, quien, inspirado en el trabajo de Foucault, comprende al Estado como una simple cristalización de nodos relacionales, como “Un proceso de estatización del conflicto social” (Holloway, 2004:106). Tener al Estado como objetivo de la revolución y ubicar la toma del aparato estatal en el centro de la lucha revolucionaria parte de ubicar al Estado como un ente autónomo de las relaciones sociales y abstraerlo de una realidad social de la cual él mismo es producto: “aísla al Estado de su contexto social, le atribuye una autonomía de acción que de hecho no tiene” (Holloway, 2002:17), al tiempo que jerarquiza las luchas e inscribe a la revolución dentro de las lógicas del poder como observa Bensaïd: “La noción misma de contrapoder participaría también del poder-sobre” (Bensaïd, 2004:116). Esta noción de poder-sobre descansa sobre el concepto de Negri de potestas el cual, según Holloway, toma parte en la objetivación del sujeto productivo y en la destrucción de la “nostredad”, en la desaparición del sujeto colectivo: “Pierden su subjetividad... se convierten en sujetos objetivados... pierden también su colectividad, su nostredad” (Holloway, 2002:38).

Esta conceptualización de Holloway al respecto de la problemática propia de ubicar al Estado como el centro objetivo de la lucha política revolucionaria plantea que, en sí misma, la revolución ya contiene su fracaso, ya que se ve inserta en las relaciones de poder-sobre que hacen que la subjetividad se pierda, las luchas se jerarquicen y el Estado se convierta en fetiche, que el verdadero sujeto, el capital, objetive al hacedor; es decir, al trabajador como sujeto revolucionario. Pero hay una falsedad en esta concepción: existe una reducción arbitraria de parte de Holloway con respecto al abordaje del Estado como aparato y el poder como elemento presente en ese aparato, poder que reduce y objetiva al sujeto revolucionario según él. Se trata pues de confundir el aparato del Estado y el poder del Estado, el cual es realmente el objetivo de la lucha de clases: “Esta primera precisión nos obliga pues a distinguir el poder del Estado (conservación del poder de Estado y toma del poder de Estado), objetivo de la lucha política de clases por una parte, y el aparato de Estado por otra parte” (Althusser, 1978:28). Holloway confunde, de esta manera, dos conceptos radicalmente distintos que están bien delimitados en Althusser: el aparato de Estado y el poder del Estado. Este último concepto no se encuentra limitado a la institucionalidad ni al aparato estatal, sino que juega sus roles en las más ínfimas locaciones y lugares de las relaciones sociales, al tiempo que se manifiesta con espectacularidad en los aparatos ideológicos del Estado.

La experiencia zapatista que motiva a Holloway a teorizar a partir de la acción política de la insurrección de Chiapas presenta un anhelo de abandonar la lógica del poder dentro de su lucha, a plantear la lucha del anti-poder. Holloway propone:

Lo que ha fallado es la idea de que la revolución significa tomar el poder para abolir el poder. Lo que ahora debemos tratar es la idea mucho más exigente de una superación directa de las relaciones de poder. La única manera en que hoy puede imaginarse la revolución es como la disolución del poder, no como su conquista. (Holloway, 2002:24)

Las experiencias históricas le han hecho pensar que cuando el poder se inserta en la revolución bajo la forma del contrapoder, ya lleva en sí misma la semilla de su fracaso y su destrucción. La caída de la Unión Soviética le hace pensar que es necesaria una revolución sin Estado y, sobre todo, sin poder, ante lo cual Bensaïd afirma: “No hay hasta hoy ejemplo en el que las relaciones de dominación no se hayan desgarrado ante la prueba de las crisis revolucionarias” (Bensaïd, 2004:113). Basándose en Foucault, Holloway se ubica al nivel de las resistencias, que si bien no se reducen a la dicotomía capital-trabajo sino que son resistencias múltiples, como lo plantea Bensaïd, están presentes en todos lados al interior de las relaciones sociales. Esto implica de entrada que Holloway, a diferencia de la postura que presenta más adelante, sí entiende que el poder no se reduce únicamente al aparato de Estado y que está presente en múltiples escenarios en el entramado social. El poder no se reduce a la institucionalidad, al aparato represivo de Estado, sino que este poder se extiende, contagia la vida misma de la sociedad y del sujeto, lo inserta en la ciudadanía, lo convierte en sujeto de muchas relaciones de poder que existen en su interacción con su familia, su comunidad religiosa, su partido político, hasta consigo mismo, pero que son relaciones de poder producidas todas a partir de las relaciones sociales. Gran parte de estas relaciones de poder, si utilizamos los insumos teóricos de Foucault, se articulan alrededor de nodos, se cristalizan y se regularizan al interior de instituciones; Althusser denomina aparatos ideológicos del Estado a gran parte de las manifestaciones de dichas relaciones de poder.

Vemos, pues, que lo que Holloway considera el gran fracaso de la experiencia histórica del movimiento revolucionario al haberse planteado la toma del poder del Estado, la cual confunde, como ya lo vimos, con el aparato estatal, reside precisamente en esta confusión según la cual es el poder del Estado, del aparato de Estado, lo que se

inserta en los intentos revolucionarios a la manera de poder-sobre, y desdibuja la subjetividad del individuo revolucionario: “subrayando la diferencia persistente entre los aparatos de Estado propiamente dicho y las relaciones de poder (los micropoderes) inscritos más profundamente en todos los intersticios de las relaciones sociales” (ídem, 118).

Al mismo tiempo, la alternativa del anti-poder sigue estando inserta en las lógicas de poder que no se manifiestan necesariamente en el ámbito del Estado sino en las dinámicas privadas de relación social. Al respecto de esta distinción entre lo privado y lo público, Althusser afirma recordando a Gramsci:

La distinción de lo público y lo privado es una distinción interior al derecho burgués... El dominio del Estado le escapa porque él está más allá del derecho... El Estado no es ni público ni privado, es, al contrario, la condición de toda distinción entre lo público y lo privado. (Althusser, 1978:33)

Entonces, si las relaciones de poder se ubican en toda la sociedad, manifestándose en una multiplicidad de lugares y con una multiplicidad de resistencias, porque recordemos que desde Foucault toda relación de poder lleva en sí misma una resistencia, si esto es así, decíamos, y el aparato de Estado, al no ser ni privado ni público, escapa al dominio de estas relaciones, ¿por qué insistir en la identificación del aparato estatal y las relaciones de poder? Planteando una estrategia del anti-poder se lanza la lucha revolucionaria a un vacío estratégico: “Insistir en una multiplicidad, olvidando la unidad subyacente de las relaciones de poder, conduce a una pérdida de perspectiva política, hasta el punto que la emancipación se hace entonces ‘inconcebible’” (Negri, 2004:116). El anti-poder se presenta entonces como una estrategia retórica difícilmente materializable, que incluso en la lucha zapatista ya se agota en la acción misma, pues al tiempo que se muestra como un movimiento que busca terminar la existencia de las relaciones de poder, se encuentra inserta en ellas mismas. No se dan cuenta de que su resistencia es parte de una relación de poder que puede estar o no inscrita en el Estado y que, independientemente de que el movimiento pretenda hacerse con el aparato de Estado, está inserto en relaciones de poder propias de aparatos ideológicos que los convierten en un sujeto revolucionario. Bensaïd termina por afirmar que “La perspectiva de una toma del poder por los oprimidos ha sido, en efecto, reemplazada por un anti poder inasequible, del que sabemos solamente que está en todas y en ninguna parte” (ídem, 117).

## Los sujetos de la ideología

Ahora bien, el debate sobre las lógicas del poder presentes en las relaciones sociales y que se manifiestan en las resistencias, las cuales –como lo anota Holloway– están presentes en múltiples lugares de la sociedad materializándose a partir de diversos ordenes relacionales, nos inserta directamente en la discusión respecto de los aparatos ideológicos del Estado, la ideología y la subjetividad.

Como ya lo anotamos arriba, los aparatos ideológicos del Estado se constituyen como instituciones, nodos de relaciones sociales que se ubican en la superestructura de la figura del edificio y que se encargan de reproducir por medio de la ideología las relaciones sociales de producción: “¿Cómo queda asegurada la reproducción de las relaciones de producción?... es en una gran parte asegurada por la superestructura jurídico-política e ideológica” (Althusser, 1978:38). El funcionamiento de estos aparatos ideológicos del Estado representan, sin lugar a dudas, relaciones de poder que se manifiestan alrededor de la ideología. Los aparatos ideológicos del Estado (AIE) se inscriben en los ámbitos público y privado: “Los AIE religiosos, los AIE escolares, los AIE familiar, los AIE jurídico, los AE político” (ídem, 32). La escuela se ha constituido en el aparato ideológico por excelencia del sistema capitalista, en el cual “enseñan habilidades pero en formas que aseguren el sometimiento a la ideología dominante o a la dominación de su práctica” (ídem, 20).

El poder que se manifiesta al interior de los AIE tiene la forma, según Holloway, del poder-sobre, el cual se manifiesta sobre los sujetos a partir de la ruptura del proceso de la concepción y la realización del hacer, del hacer social:

El hacer como-proyección-más-allá se rompe cuando algunas personas se apropian de la proyección-más-allá del hacer (de la concepción) y comandan a otras para que ejecuten lo que ellas han concebido. El hacer se ha fragmentado en tanto el “poderoso” concibe pero no ejecuta, mientras que los otros ejecutan pero no conciben. (Holloway, 2002:33)

Esta fragmentación del proceso de creación dentro de la relación de producción capitalista funciona objetivando al sujeto productivo, despojándolo de su capacidad de creación, la cual constituye la esencia misma del sujeto. Las relaciones de poder-sobre son, para Holloway, la destrucción de la subjetividad:

El “nosotros” del hacer aparece como un “yo” o como un “él”... el “nosotros” es ahora un “nosotros” antagónico, dividió entre los domi-

nadores (los sujetos visibles) y los dominadores (los sujetos invisibles desubjetivados)... No significa la afirmación de nuestra subjetividad, sino su destrucción. (ídem, 33)

No existe, pues, un sujeto revolucionario para Holloway. La clase revolucionaria que se ve inmersa en las relaciones de poder-sobre, como serían las relaciones de producción capitalista, no existen como clase revolucionaria, no existen como nosotros, no existen como sujeto colectivo, no existen, siquiera, como sujeto. La relación de poder objetiva al sujeto que hace (produce) lo despoja de lo hecho, lo sustrae de su creatividad, se apropia de su humanidad y le reduce al simple lugar del objeto que ejecuta.

Pero estas relaciones de poder no se inscriben únicamente en el aparato de Estado, sino que se manifiestan en una multiplicidad de formas y relaciones sociales de todo tipo, que se condensan alrededor de los AIE, al interior de los cuales la ideología juega un papel importante en la creación de las condiciones de reproducción de las relaciones de producción propias del capitalismo. Ahora bien, los AIE, sin ser necesariamente parte del aparato de Estado, es decir, encontrándose en una multiplicidad de lugares y de relaciones sociales de las más diversas índoles, también manifiestan el dominio de clase y, por consiguiente, materializan en su interior la estructura de la lucha de clases:

Ninguna clase puede en forma duradera mantener el poder sin ejercer al mismo tiempo su hegemonía sobre y en los Aparatos Ideológicos del Estado ... Los AIE pueden ser no solamente la encrucijada sino también el lugar en que se libra una lucha de clases. (Althusser, 1978:36)

Hemos dicho aquí que los AIE están presentes en una multiplicidad de lugares propios de las relaciones sociales y que no tienen, necesariamente, una conexión estructural con el aparato del Estado. Es la ideología la que está presente al interior de estas relaciones que son, en última instancia, relaciones de poder que llevan consigo la materialización de sus propias resistencias y que encuentran su dinámica particular en cualquiera de los múltiples lugares del entramado social –es decir, la ideología–. Con ella, las relaciones de poder están presentes en las relaciones sociales, ubicadas aquí y allá, garantizando la reproducción de las relaciones de producción, pero al mismo tiempo materializando y condensando la lucha de clases. Con esto quiero decir que no es el aparato de Estado el único lugar en el que se manifieste la confrontación de clase, sino que esta misma lucha, este mismo poder,

está funcionando en todos los lugares en los que las relaciones sociales se articulan a sí mismas en nodos, se regularizan e institucionalizan, se llenan de ideología.

Pero en sí misma, esta ideología tiene una particularidad: no funciona sobre objetos inertes sino que requiere para funcionar y cumplir con la reproducción de las relaciones de producción capitalista de la existencia viva y dinámica de un sujeto, un sujeto productivo: “No hay ideología más que para sujetos concretos, y este destino de la ideología no es posible más que por medio del sujeto, es decir, por la *categoría del sujeto*<sup>1</sup> y su funcionamiento... la categoría de sujeto es la categoría constitutiva de toda ideología” (ídem, 64-65). Es decir, que para funcionar, la ideología hace una transformación y no es la transformación de sujeto en objeto, no es el arrebatación de la humanidad por medio de la aplicación del poder-sobre, sino que esta ideología transforma a los individuos en sujetos: “toda ideología tiene por función (que la define) la de ‘constituir’ individuos concretos en sujetos” (ídem, 65).

Este reconocimiento del sujeto se da en otra forma para Holloway. Para él, la deshumanización propia del poder-sobre objetiva a los sujetos, los convierte en esclavos del único sujeto del capitalismo, el capital:

No es el capitalista el que toma las decisiones, el que da forma a lo que se hace... El Sujeto es el capital... Ellos son capitalistas solo en la medida en que son sirvientes fieles del capital... El hacer se niega y la negación cristalizada del hacer, el valor, domina el mundo. (Holloway, 2002:39)

Pero no es cierto, el capital se constituye en Sujeto, pero es un Sujeto con S mayúscula que se reconoce en los sujetos, los cuales son sujetos de la ideología que, partiendo de la doble faceta de este término, son sujetos en tanto son libres, en tanto están constituidos en referencia a sí mismos. Pero lo son también en el sentido de la sujeción y son libres en la medida en que, libremente, pueden decidir ser sujetos; es decir, estar en sujeción a tal o cual estructura ideológica, pertenecer a este o a aquel AIE. En el juego de la ideología, más que la negación de la subjetividad de unos a favor de la constitución del capital como sujeto único, lo que encontramos es una relación dinámica en la cual los sujetos se reconocen a sí mismos y reconocen en su existencia la existencia del Sujeto; es cierto, es el capital el Sujeto del capitalismo, pero su subjetividad no niega la existencia de otros sujetos, sino que él mismo

---

1. Cursivas del autor.

reconoce su existir en referencia a ellos. “El reconocimiento mutuo entre los sujetos y el Sujeto, y entre los sujetos mismos, y finalmente el reconocimiento del sujeto por sí mismo” (Althusser, 1978:76). Esto no niega el poder-sobre, pero nos hace entender que su existencia no se limita al aparato de Estado ni reduce la humanidad, la creatividad y mucho menos la subjetividad de los individuos; al contrario, las necesita para existir.

### Conclusiones

Concluiremos recordando que existe una diferencia fundamental entre el aparato del Estado y el poder del Estado, y que de la incomprensión de esta realidad se ha pretendido abandonar la toma del poder del Estado, la cual debe constituirse como un objetivo central de la lucha revolucionaria para que, habiéndose tomado, se transforme el aparato de Estado fundado en la desigualdad y la lucha de clases.

En segundo lugar, entendemos que las relaciones de poder son inherentes a la existencia de las relaciones sociales y, en ese sentido, encontramos manifestaciones de dichas relaciones de poder en prácticamente todos los lugares del entramado social. Creemos entonces que ver en las manifestaciones revolucionarias del zapatismo una apuesta por en anti-poder y la superación de las relaciones de poder dentro de la lucha revolucionaria es cerrar los ojos a la realidad política de estos movimientos revolucionarios. Es necesario entender que el simple hecho de que el zapatismo se convierta a sí mismo como una resistencia ante el poder lo inscribe inmediatamente en la cadena de relaciones de poder. De manera pues que la apuesta no debe ser la de construir un movimiento revolucionario a partir del discurso romántico del anti-poder, sino tener conciencia de que las lógicas de poder son inherentes a las relaciones humanas y que los movimientos revolucionarios deben partir de esa comprensión para articular las luchas transformadoras.

En último lugar, entendemos que las cristalizaciones institucionales de las relaciones sociales que se convierten en nodos relacionales –esto es, en institucionalizaciones y regularizaciones de las conductas– se convierten a sí mismos en AIE y esta construcción los inscribe en el juego de la ideología y el poder. Se trata entonces de entender la manera en que los AIE desbordan por completo al aparato de Estado e inscriben su juego en los más recónditos aspectos de la sociedad. Esta constitución del aparato ideológico conlleva también la construcción de sujetos concretos, que en últimas existen y se reconocen a sí mismos como tales en la medida en que se reconocen en el Sujeto del capitalismo, en el capital.

La actualidad de estos debates al interior del marxismo dan cuenta de la importancia que revisten en aras de lograr una comprensión acertada y profunda del capitalismo, para partir de ahí hacia la transformación del mismo.

Se trata entonces de partir de la comprensión del poder, el Estado y la ideología para convertirlos en ejes articuladores y orientadores de la praxis revolucionaria. Es responsabilidad histórica de los revolucionarios hacer no una apuesta por el romanticismo que esconda las realidades en las cuales se enmarca su praxis, sino hacer suyos esos debates para convertirlos en el eje de la transformación del mundo.

### **Bibliografía**

Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Medellín, Pepe, 1978.

Bensaïd, Daniel. *Cambiar el mundo*, Catarata, Madrid, 2004.

Holloway, John. *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Barcelona, El Viejo Topo, 2002.

Hardt, Michaël y Toni Negri. *Imperio*, Madrid, Paidós, 2002.

FECHA DE RECEPCIÓN: 4 DE MARZO DE 2011

FECHA DE APROBACIÓN: 16 DE NOVIEMBRE DE 2011